

Recordar los caminos de Cristo

1 Corintios 4:1-21

Pastor Tim Melton

1 Corintios 3:21-23 dice lo siguiente:

“Por lo tanto, ¡que nadie base su orgullo en el hombre! Al fin y al cabo, todo es vuestro, ya sea Pablo o Apolos, o Cefas, o el universo, o la vida, o la muerte, o lo presente o lo por venir; todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.”

Que nadie presuma de los hombres. Que nadie hable como si los hombres fueran algo grandioso. Muchos en la iglesia de Corintio trataban de poner a Pablo, Apolo y Pedro en un pedestal como si fueran grandiosos. Después buscaban su propia importancia por su conexión con esos líderes espirituales. Esto solo trajo mayor división y desacuerdos.

En realidad, ninguna de estas luchas por conseguir una posición era siquiera necesaria. Ellos ya eranpreciados y amados incondicionalmente, porque estaban conectados con Cristo, y Cristo estaba conectado con Dios. No había necesidad de engrandecerse a sí mismos para lucirse ante los demás. En Cristo, ellos ya tenían todo lo que necesitaban.

No nos enfrentamos a la misma tentación? Presumimos, cotilleamos. Estiramos la verdad. Escondemos nuestras faltas. Luchamos por el éxito mundano. Codiciamos. Usamos photoshop en nuestras fotos de Instagram para vernos mejor de lo que en realidad somos. Exageramos nuestras credenciales en LinkedIn para parecer más cualificados de lo que en realidad estamos. Pasamos demasiado tiempo buscando la aprobación de los hombres, cuando en Cristo ya tenemos la aprobación de Dios.

En 1 Corintios 4:1-5, Pablo continúa con estas palabras:

Que todos nos consideren servidores de Cristo, encargados de administrar los misterios de Dios. ² Ahora bien, a los que reciben un encargo se les exige que demuestren ser dignos de confianza. ³ Por mi parte, muy poco me preocupa que me juzguéis vosotros o

cualquier otro tribunal humano; es más, ni siquiera me juzgo a mí mismo. ⁴ Porque aunque la conciencia no me remuerde, no por eso quedo absuelto; el que me juzga es el Señor. ⁵ Por lo tanto, no juzguéis nada antes de tiempo; esperad hasta que venga el Señor. El sacará a la luz lo que está oculto en la oscuridad y pondrá al descubierto las intenciones de cada corazón. Entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza que le corresponda.

Pablo continúa urgiendo a los creyentes de Corintio a no pensar en él, Apolo y Pedro como líderes merecedores de adoración, sino como servidores de Cristo enviados por Dios para servir humildemente a la Iglesia.

La palabra que en este versículo se traduce como “servidores” era la palabra usada para los esclavos remeros que trabajaban en los barcos de guerra romanos llamados “trirremes”. Estos barcos llevaban marineros, soldados y remeros. Los remeros eran esclavos brutalmente explotados para propulsar los barcos en todo tipo de clima y aun durante la batalla. No tenían libertad ni dignidad en su trabajo. Pablo intentaba comunicar a los corintios que ellos y los demás eran meros servidores.

Luego Pablo describe a Apolos, Pedro y a sí mismo como administradores de los misterios de Dios. Este término era como se denominaba al administrador de una hacienda. Tal vez como José en el Antiguo Testamento. Su trabajo consistía en supervisar al personal, comprar y vender suministros y propiedades, y encargarse de todos los asuntos siguiendo las instrucciones del dueño. Aun con toda esa responsabilidad y libertad, seguía siendo un esclavo y bajo el total control y autoridad de su amo.

Sin importar el rol de cada uno en la iglesia o la comunidad de la fe, él o ella siempre estará bajo la autoridad de Cristo, que es la cabeza de la iglesia. Nadie puede ponerse a la altura de la gloria y la importancia de Cristo en la vida de la iglesia.

Para Pablo, la aprobación de los hombres, o la aprobación de cualquier entidad humana no era importante. De hecho, Pablo ni siquiera daba credibilidad a su propia autocrítica. Nuestra perspectiva de nosotros mismos a menudo es ciega, sesgada, o autocomplaciente. En ese momento Pablo no sabía de qué era culpable exactamente, pero al mismo tiempo eso no lo hacía inocente. Era posible que fueran pecados desconocidos o “puntos ciegos” que solo Dios conocía.

Encontramos una verdad similar en Salmos 139:23-24:

“Examíname, oh Dios, y sondea mi corazón; ponme a prueba y sondea mis pensamientos. Fíjate si voy por mal camino y guíame por el camino eterno.”

Con esto en mente, no debemos juzgar a nadie, ya sea para bien o para mal, antes de la venida de Cristo. Cuando Él venga, revelará todo lo que ha estado oculto y mostrará los propósitos de los corazones. Esto mostrará que, debido a nuestro pecado, ninguno de nosotros tiene el derecho de juzgar. Solo Cristo. Luego, cada uno recibirá su recompensa de parte de Cristo.

Básicamente, Pablo dice: “No me preocuparé por lo que tú pienses que hago, ni siquiera confío en lo que yo pienso. La única perspectiva y aprobación que cuenta es la de Dios, y en Cristo yo sé que cuento con la aprobación de Dios.”

¿Te das cuenta de la libertad que esto conlleva? Puede llevar a una persona a olvidarse de sí misma. No se trata de considerarse a uno mismo mejor o peor de lo que debería. Es simplemente que ni siquiera piensas mucho en ti.

Ya no tienes que subirte a un ascensor y pasar todo el tiempo pensando en la ropa que vistes, preocupado por tu peso, complexión o tu imagen. Ya no tienes que competir en el trabajo. Te regocijas cuando alguien hace el bien. Ya no necesitas las mejores fotos en Instagram o conseguir muchos “me gusta”. Has sido liberado de construirte una imagen. Sales a comer sinceramente interesado en cómo le va a la otra persona. Hablas con la verdad porque no tienes razón para esconder nada.

Es como disfrutar de una puesta de sol. La disfrutas sin esperar recibir ningún mérito o ganancia personal. ¿Te imaginas poder hacer eso cada día de tu vida? Puesto que has sido aprobado por Dios y tus necesidades están satisfechas en Cristo, ya no necesitas la aprobación de los demás. Tú descansas en Cristo y eres libre de servir sinceramente a los demás sin necesitar nada a cambio.

⁶ Hermanos, todo esto lo he aplicado a Apolos y a mí mismo para vuestro beneficio, con el fin de que aprendáis de nosotros aquello de “no ir más allá de lo que esta escrito”. Así ninguno de vosotros podrá engreírse de haber favorecido al uno en perjuicio del otro. ⁷ ¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado?

La verdad de nuestras vidas está envuelta en el evangelio. Debemos recordar tanto las buenas como las malas noticias del evangelio. Debemos andar en las verdades de la Escritura. Si vamos más allá de estas verdades, introduciremos en nuestras vidas mentiras y falsedades que comprometerán lo que somos en Cristo y por lo tanto la unidad de la Iglesia. Nos creeremos mejores o peores de lo que somos, y nos perderemos las riquezas que están disponibles para nosotros en el evangelio.

En Cristo tenemos todo lo que necesitamos. Gracia, perdón, amor, provisión, seguridad, paz, esperanza y salvación. Todo lo que tenemos ha sido un regalo de Dios. ¿Cómo podemos entonces jactarnos de nada más que de Cristo? No hay lugar ni para la más pequeña señal de arrogancia, porque todo lo que tenemos ha sido un regalo. Darse cuenta de esto, guiados por el Espíritu, debería llevar a todos los creyentes a la humildad y a la unidad en Cristo.

⁸ ¡Ya tenéis todo lo que deseáis! ¡Ya os habéis enriquecido! ¡Habéis llegado a ser reyes, y eso sin nosotros! ¡Ojalá fuerais de verdad reyes para que también nosotros reináramos con vosotros! ⁹ Por lo que veo, a nosotros los apóstoles Dios nos ha hecho desfilar en el último lugar, como a los sentenciados a muerte. Hemos llegado a ser un espectáculo para todo el universo, tanto para los ángeles como para los hombres.

Cuando un general romano ganaba una batalla, regresaba a Roma y su ejército victorioso desfilaba por las calles con los vítores y aplausos de los ciudadanos romanos. Era una gran procesión triunfal. Esas procesiones llevaban siempre al final a un grupo de cautivos encadenados juntos. Eventualmente eran llevados al coliseo, donde peleaban y morían entre las garras de animales salvajes. Esta era la comparación que hacía Pablo en relación con los apóstoles. Un pequeño grupo de hombres que lo habían dejado todo y voluntariamente ofrecían sus vidas por Cristo.

Los corintios habían caído presa de las costumbres del mundo, y ahora se parecían más a la cultura que los rodeaba que al Cristo que vivía en ellos. Vivían una cristiandad complaciente, llena de egoísmo y orgullo, mientras que Pablo y otros apóstoles llevaban una vida humilde de sacrificio y servicio.

¹⁰ ¡Por causa de Cristo, nosotros somos los ignorantes; vosotros, en Cristo, sois los inteligentes! ¡Los débiles somos nosotros; los fuertes sois vosotros! ¡A vosotros se os estima; a nosotros se nos desprecia! ¹¹ Hasta el momento pasamos hambre, tenemos sed, nos falta ropa, se nos maltrata, no tenemos donde vivir. ¹² Con estas manos nos matamos trabajando. Si nos maldicen, bendecimos; si nos persiguen, lo soportamos; ¹³ si nos calumnian, los tratamos con gentileza. Se nos considera la escoria de la tierra, la basura del mundo, y así hasta el día de hoy.

Las palabras de Pablo habrían sonado como tonterías para la mentalidad griega. Aristóteles había declarado que la virtud más grande de un hombre era no tolerar un insulto. La mentalidad de la antigua Grecia no captaba la idea de humildad, mucho menos otros tipo de “estupideces” que Pablo defendía en estos versículos. Pero estos son los frutos de una vida en Cristo.

¹⁴ No os escribo esto para avergonzaros sino para amonestaros, como a hijos míos amados. ¹⁵ De hecho, aunque tuvierais miles de tutores en Cristo, padres sí que no tenéis muchos, porque mediante el evangelio yo fui el padre que os engendró en Cristo Jesús. ¹⁶ Por tanto, os ruego que sigáis mi ejemplo. ¹⁷ Con este propósito os envié a Timoteo, mi amado y fiel hijo en el Señor. Él os recordará mi manera de comportarme en Cristo Jesús, como enseñé por todas partes y en todas las iglesias. ¹⁸ Ahora bien, algunos de vosotros os habéis vuelto presuntuosos, pensando que no iré a veros. ¹⁹ Lo cierto es que si Dios quiere, iré a visitaros muy pronto, y ya veremos no solo cómo hablan, sino cuánto poder tienen esos presumidos. ²⁰ Porque el reino de Dios no es cuestión de palabras sino de poder. ²¹ ¿Qué preferís: que vaya a veros con un látigo, o con amor y espíritu apacible?

Pablo finaliza esta sección de la carta donde se ha centrado en los problemas de las divisiones y los desacuerdos. Él habla de una manera directa y valiente, no como un capataz sino como un padre lleno de amor que anhela lo mejor de sus hijos.

En medio de diferentes líderes espirituales y algunos falsos maestros, Pablo les ruega que le imiten. Esta es una invitación difícil para muchos, pero en el caso de Pablo, por la gracia de Dios, la suya era una vida

digna de seguir. Luego vemos el compromiso de Pablo con la santidad de sus seguidores al enviarles a Timoteo para que les guíe. El papel de Timoteo es recordarles los caminos de Cristo. Nosotros necesitamos lo mismo.

Solo volviendo al evangelio regularmente se nos recordará nuestro pecado y la gracia de Dios. Este es el fundamento para la humildad que encontramos en Cristo.

Cuestionario:

1. ¿Cuál es la persona más humilde que has conocido? ¿Cómo te diste cuenta de que era humilde?
2. ¿Qué te pareció más interesante o significativo de esta lección?
3. En tu opinión, ¿por qué crees que la mayoría de la gente busca la aprobación de los demás?
4. ¿Cómo nos puede proteger el evangelio de la búsqueda de la aprobación de los demás?
5. Pablo nos instruye a no ir mas allá de lo que está escrito. ¿Cómo lo dirías con tus propias palabras?
6. ¿Qué crees que Dios quiere que recuerdes de estos versículos de 1 Corintios 4:1-21?